



Uno de los paisajes del recorrido por Irak.

Tras las huellas de Adolfo Rivadeneyra en Oriente Medio

El autor de «Viaje al interior de Persia» recorrió en la segunda mitad del siglo XIX tierras que hoy son escenario de grandes conflictos

✦ Miquel Silvestre

Los grandes museos europeos poseen un fenomenal legado arqueológico proveniente de Asia y Oriente Medio. El Pérgamo de Berlín se construyó ex profeso para albergar las babilónicas Puertas de Ishtar. Inaugurado en 1930, el enorme complejo es perfecto ejemplo de una época eurocéntrica que otorgaba a Occidente derecho a tutelar a Oriente. También a llevarse sus tesoros. Entonces se pensaba que en un museo estarían mejor protegidos. Y también estaba cultural y socialmente aceptada la opinión de que franceses, ingleses o alemanes, en cuanto que ciudadanos civilizados, merecían disfrutar de ellos más que un pastor nómada.

Sin embargo, vivimos en la época de quiebra de los viejos paradigmas. Lo que ayer era rescate hoy se considera expolio. Mientras el Museo Británico deniega miles de reclamaciones de restitución al año, España ha devuelto el negro de Banyoles a Botswana, y se resiste, sin mucho ardor, a repatriar el egipcio templo de Debod injertado en pleno centro de Madrid. Por parte española, pocas injusticias más habría que reparar. De la fiebre exploratoria del XIX, España quedó bastante al margen, exhausta por su declive colonial, ahíta de deudas y conflictos, enfrascada en una revolución cantonal que de gloriosa tuvo poco.

La escasa muestra asiática de nuestro Museo Arqueológico Nacional es bastante ilustrativa de ese desinterés. Sin embargo, aun así, se exponen algunas piezas únicas. Como una tablilla grabada con símbolos cuneiformes que procede de las mismísimas ruinas de Babilonia y que nos habla del rey Nabucodonosor. ¿Cómo llegó hasta Madrid tan exquisita rareza? ¿Quién y cómo la trajo?

Adolfo Rivadeneyra fue uno de esos hombres excepcionales que da la historia. Nacido en 1841, hijo de un rico editor, tuvo la más esmerada educación en el extranjero. Llegó a dominar hasta once lenguas. Aprovechando sus conocimientos de inglés, francés, alemán e italiano, con 20 años pidió ser contratado sin sueldo en el Consulado español de Beirut. Pasó dos meses en el seminario maronita de Ain Warka, fundado en 1789 sobre el Monte Líbano, sito entre la costa y la planicie del valle de la Bekaa. Allí aprendió el árabe y escribió un tratado sobre su gramática.

El Líbano tuvo que parecerle un país interesante y complejo. El noble francés Godo-

fredo de Bouillon conquistó Tierra Santa en 1099. Su hermano Balduino I sometería el puerto de Beirut en 1110 y lo incorporaría al Reino Cruzado de Jerusalén. Desde entonces, los primitivos cristianos seguidores de San Marón se vincularon a la Iglesia católica. Cuando los drusos empezaron a matarlos ante la indiferencia del sultán otomano, Francia intervino en 1860, y se quedó hasta 1946. El francés es desde entonces lengua oficial y estandarte cultural de las clases altas. Curiosamente, quien primero luchó contra los franceses fue la Falange Libanesa, que fundó el cristiano Pierre Gemayel tras un viaje a España en el que conoció la organización de Primo de Rivera.

Rivadeneyra, armado de su nuevo estatus de diplomático y sus conocimientos de árabe, fue destinado a Jerusalén. Le corresponde el honor de ser el primer español en visitar la mezquita de Hebrón. Ubicada actualmente dentro de Cisjordania, es una de las poblaciones más conflictivas, asolada secularmente por la violencia interreligiosa. Seiscientos obstinados colonos judíos habitan el centro histórico, rodeados por ciento sesenta mil palestinos. Aseguran proteger la Tumba de los Patriarcas, donde se supone está enterrado el profeta Abraham.

Llegar hoy hasta los territorios palestinos por carretera no resulta fácil. El único paso abierto es a través de Jordania desde los acuerdos de paz de 1994. En la frontera, el aduanero jordano tiene a sus pies un cajón lleno de matrículas. Los árabe-israelíes las cambian para cruzar. En Israel la seguridad fronteriza está en manos de niños. Los jóvenes judíos están obligados a realizar el servicio militar, pero su aspecto fofo delata que hoy aman más la comida basura que el sionismo.

Entrar en Cisjordania desde Jerusalén no es difícil, aunque en Belén los milicianos de Al Fatah no me quieren dejar entrar en moto. Es sólo una excusa para que use uno de los taxistas árabes autorizados a acarrear peregrinos. La iglesia de la Natividad alberga una garita para esta policía política desde que en la última Intifada usaran el templo como búnker.

Rivadeneyra cruzó la península del Sinaí, pero él, a diferencia de Moisés, lo hizo en dirección a Egipto. Posiblemente visitaría el monasterio de Santa Catarina, construido en el siglo VI por orden del emperador Justiniano a los pies del Monte Sinaí para albergar y



El autor del reportaje, ante la mezquita de Erbil.

»»

En 1869, Ribadeneyra asistió a la inauguración del canal de Suez

proteger la zarza que ardiera sin quemarse. La tradición cuenta que Mahoma obtuvo refugio entre sus muros cuando era perseguido por sus enemigos y que por eso el monasterio sobrevivió a la invasión árabe, que sí aniquiló a los muchos anacoretas que habitaban el desierto.

En 1869 nuestro protagonista asistió a la inauguración del canal de Suez, la obra de

ingeniería más fenomenal desde las pirámides. Lo que empezó como una empresa lunática del ingeniero Lesseps terminaría alterando para siempre las rutas comerciales entre el Este y el Oeste, y con ellas las relaciones geopolíticas entre las potencias de entonces. En la actualidad, un túnel permite el paso de vehículos entre África y Asia. Es el que yo utilizo para proseguir tras las esquivas huellas de nuestro inquieto protagonista. Sus siguientes pasos lo conducen a Damasco.

Camino del Éufrates, visitará Palmira, una de las más impresionantes ciudades romanas de Oriente Medio. Rivadeneyra remontará el Tigris recordando a Nearco, almirante de Alejandro Magno que del mismo modo llegara hasta Basora. Una vez en Babilonia, actual Irak, llegaría a visitar Mosul y la cercana Nínive. Es aquí donde mi persecución se detiene. Para entrar en Irak he seguido el curso del río hasta Turquía y, una vez allí, me he dirigido a Silopi, único paso fronterizo abierto con Occidente. Sin embargo, a veinte kilómetros de Mosul me obligan a desviarme. La ciudad es extremadamente peligrosa. Debo coger el desvío que los kurdos han construido directo a Erbil, capital de su región autónoma.

Allí encontré un tendero que aseguró no ser ni cristiano ni musulmán. Era yazidí. Un kurdo me explicó: «Son ateos, mala gente. Adoran al Diablo». Rivadeneyra también se topó con ellos. Pero como él mismo pudo apreciar, no se trata de ningún grupo satánico, sino pastores, nómadas o pequeños comerciantes que creen en el mismo dios que las tres grandes religiones politeístas, pero también creen en Satanás como ángel perdonado y encargado por Dios de una gran tarea: crear el Mal. Los yazidíes opinan que su existencia, como la del Bien, forma parte de la completa creación divina; lo contrario sería incompatible con la idea de un dios todopoderoso. Su religión, con ingredientes zoroástricos, no les convierte en peligrosos malvados, pero el hecho cierto es que han sido sucesivamente aniquilados a lo largo de la historia.

De Erbil me dirijo a los abruptos montes Zagros al este de Irak. Es un salvaje territorio fronterizo controlado por los peshmergas. Su sorpresa al verme aparecer en moto debió ser parecida a la que experimentaron sus antepasados al encontrarse con el infatigable Rivadeneyra cuando se dirigía a Teherán para tomar posesión de su plaza como vicecónsul. Yo también quiero cruzar. Pero antes debo explicar mi presencia a unos funcionarios atónitos.

—¿Por qué ha venido a Kurdistan? —pregunta el comandante del puesto examinando mi pasaporte.

—¿Usted ve las noticias en televisión? —pregunto a mi vez.

—Sí, claro.

—Yo no. No me creo lo que dicen. Por eso estoy aquí.

De haber existido televisores en el siglo XIX, Rivadeneyra tampoco se hubiera conformado. Nunca fue un burócrata de despacho. Una vez en Irán, tomó su escudo equipaje y sus cuadernos para emprender un largo periplo por el país transitando caminos inéditos para cualquier otro occidental. De aquellas notas nació su obra más conocida, afortunadamente reeditada: «Viaje al interior de Persia», publicada en 1880. Un libro que muestra a un hombre observador, lúcido y tremendamente culto que sigue los caminos de clásicos como Herodoto o Jenofonte del mismo modo que yo le sigo a él.

Académico correspondiente de la Academia de Historia y miembro de la Sociedad Geográfica de Madrid, Adolfo Rivadeneyra murió en 1881 a la precoz edad de 40 años, víctima de un aneurisma aórtico. De haber vivido algo más, seguramente el Museo Arqueológico Nacional sería un poco más rico en piezas orientales y tal vez conociésemos mejor a uno de los españoles más extraordinarios que diera nuestro triste y garbancero siglo XIX.